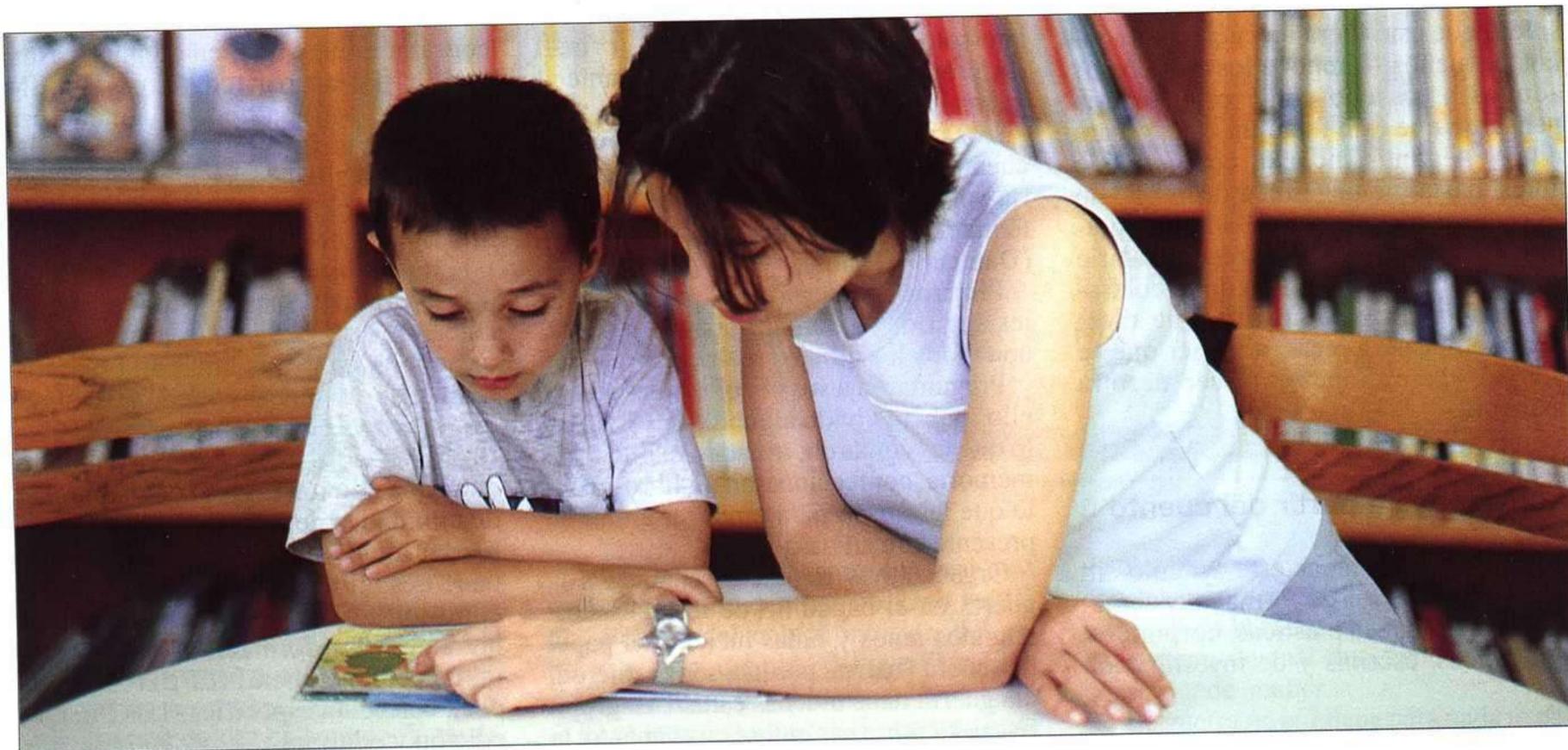


Lectura de cercanía: didáctica del sentimiento

Kepa Osoro Iturbe*



ANA PEYRÍ.

«Creemos que nadie enseña a otra persona a leer literatura; lo que puede legarle es el amor por la literatura.» Estas palabras de la escritora brasileña Ana María Machado resumen bastante bien lo que el articulista defiende en este texto sobre la importancia que tienen algunos sentimientos en la formación lectora. Compartir la «dicha de leer» con los niños, más que compartir espacios y materiales de lectura, es la mejor manera de cimentar su hábito lector.

«La verdadera literatura es la que brota en el alma, anida en el corazón y se eleva hacia el cielo como un suspiro de amor.»

Cuando desde la Asociación por las Bibliotecas Escolares y la Lectura se me comentó cuál iba a ser el tema de la mesa redonda¹ —«Lectura y sociedad: las lecturas compartidas»—, me vinieron a la cabeza unas bellas palabras de Concepción Arenal: «El amor es para el niño lo que

el sol para las flores; no le basta pan; necesita caricias para ser bueno y para ser fuerte». El lector se preguntará por qué y para explicárselo hemos tejido este artículo en el que subrayaremos la importancia que tienen algunos sentimientos en la formación lectora (y, por extensión, en todo el proceso educativo).

Como hemos defendido en otra ocasión, tanto sobre la lectura como en torno a la animación lectora se suelen realizar unas veces discursos excesivamente simplistas y superficiales y, otras, visceralmente fundamentalistas.

Compartir la dicha de leer

Tradicionalmente, se define la lectura como una «técnica instrumental básica», pero para nosotros la lectura es mucho más que una técnica y que un «instrumento para...». En el acto lector descubrimos dos vertientes: en un primer nivel, es una llave, una puerta de acceso al conocimiento y la información; sería la faceta «utilitarista» y práctica de la lectura. Pero también tenemos que hablar de la lectura como fuente directa de placer y enriquecimiento personal, en el plano de las emociones, la recreación imaginativa y la divergencia intelectual; sería la faceta intimista, transgresora y catártica de la lectura.

¿Lectura compartida? Parece una paradoja enlazar ambos vocablos, porque conceptualmente parecen chocar frontalmente. Por definición, la lectura es un acto individual, íntimo, en el que el lector, a lo sumo, se «relaciona» con el escritor a través de un texto. No hacen falta ni más intermediarios ni más espectadores. Entonces, ¿tiene sentido hablar de lectura acompañada? ¿En qué medida estaríamos hablando realmente de un acto lector y no de una «comunicación basada en la lectura»? Por tanto, ¿qué es lo que se puede compartir durante la lectura?

En la lectura el lector ha de sentirse —porque lo es— verdadero protagonista del acto lector; para ello habrá de manejar las riendas de su aprendizaje y la práctica de lectura. Lo malo es que en la escuela el lector demasiadas veces sigue siendo un agente pasivo que se mueve según tiren de él los hilos que maneja el profesor.



ANA PEYRÉ

Pero no se trata sólo de compartir espacios y materiales de lectura sino, sobre todo, de que el adulto comparta su propia «dicha de leer», como diría Pennac. Para este autor, el niño llegaría a tener un hábito permanente y gozoso de lectura si los adultos alimentaran su entusiasmo, si estimularan su deseo de aprender, si le acompañaran en su esfuerzo, si consintieran en perder tardes en lugar de intentar ganar tiempo, si nutrieran este placer —el de la lectura— hasta que se transmutara en hábito personal.

Cuando dentro del entorno familiar o del escolar se lleva a cabo una sesión de lo que nosotros llamamos Lectura-de-Cercanía el lector mantiene su estatus de protagonista, al tiempo que bebe y da de beber a quienes le acompañan de una fuente lectora rica y vivificante, porque sobre todos se derrama un diluvio de claves, interpretaciones, imágenes, emociones, intuiciones y sentimientos que enriquecen los enfoques y análisis individuales.

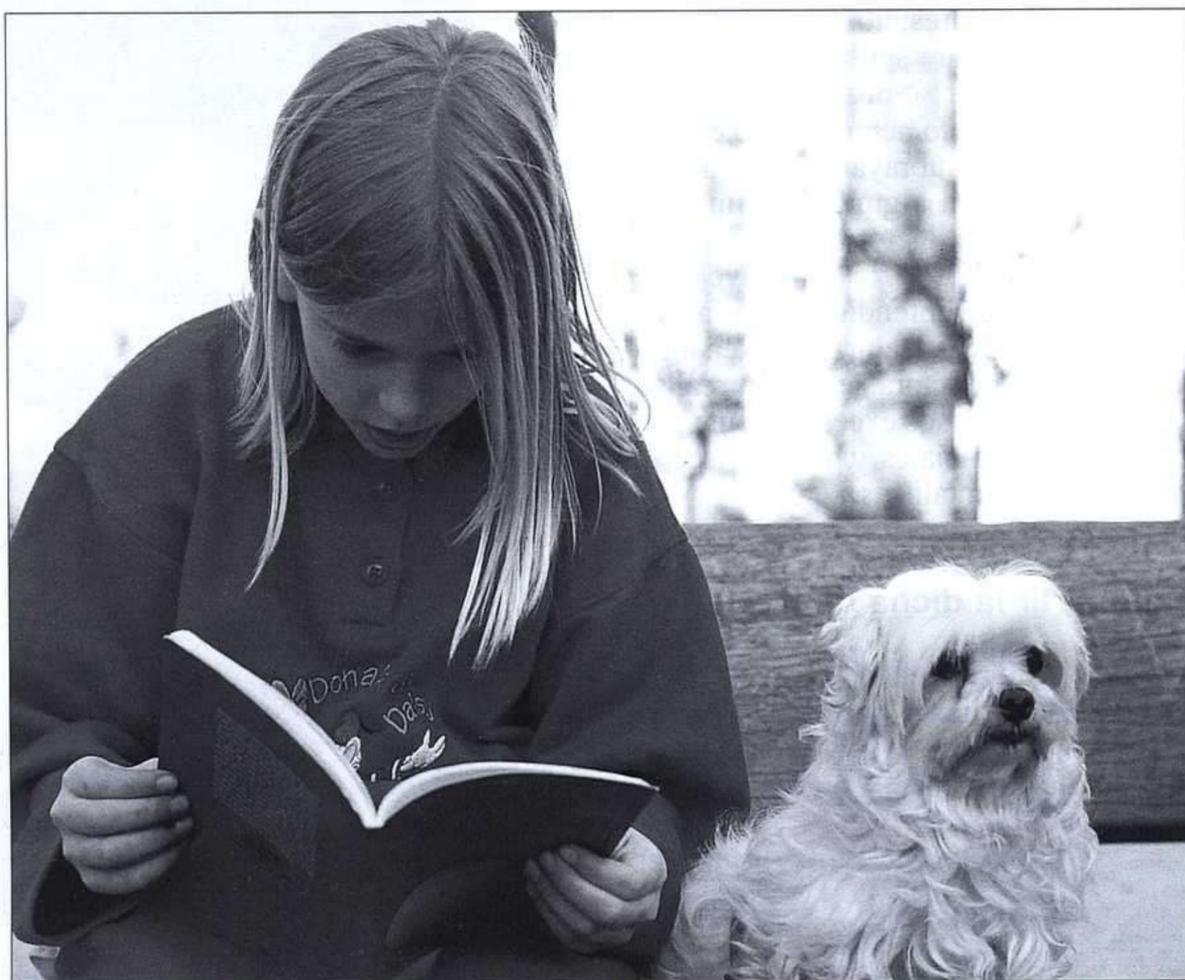
El escritor Emili Teixidor nos dice que

«el placer de la lectura es algo tan personal que difícilmente podemos compartir. Entre el lector y el libro se produce una alquimia muy particular que convierte la experiencia en algo personalísimo, íntimo. Que también tiene algo de transgresión, de entrada en mundos nuevos, inexplorados, desconocidos, muchas veces prohibidos». ² Desde otra perspectiva, Teresa Colomer argumenta que «compartir los libros de forma abierta y relajada es lo más importante que los padres y maestros pueden hacer para que los niños inicien su formación lectora. La primera exploración sobre los libros acostumbra a centrarse en la identificación y designación de lo que aparece en ellos. Los adultos preguntan una y otra vez: «¿Qué es eso? ¿Qué hace?». El niño contesta, el adulto aprueba, amplía. Se produce una situación ritualizada muy importante para identificar el mundo y el significado de las palabras. Una situación similar a todos los demás rituales de la vida del niño pequeño (comer, bañarse, etc.) que han demostrado su importancia para la adquisición y desarrollo del lenguaje infantil y que en este caso se dirige a un modo poderoso de interpretar e imaginar la realidad: la construcción del mundo a través de la palabra». ³

Colomer define como imprescindibles dentro del ámbito escolar actividades como «hablar sobre los libros, debatirlos, expresar las emociones que han suscitado, constatar las diferencias de gustos y apreciaciones, recomendar e interesarse por las recomendaciones de los demás. La ficción ofrece formas de reconocer las situaciones y sentimientos y de compartir esta experiencia con los demás. Los libros pasarán a formar parte de la vida de los niños si éstos perciben que son una forma de comunicación con el entorno».

La bibliotecaria Blanca Calvo aporta su granito reflexivo: «Los clubes de lectura resultan atractivos, porque añaden a la lectura en solitario la posibilidad de comentar los libros con personas a las que se va tomando cariño a lo largo de las reuniones semanales. Lectura, comunicación y afecto son tres ingredientes que, cuando se mezclan, dan muy buenos resultados».

Recordemos que el placer de leer no



ANA PEYRI

es natural, pero sí la necesidad de soñar e imaginar. Por tanto, animar a los niños a la lectura es verter sobre ellos toda la magia, el sentimiento, la fascinación y la pasión que anidan en las palabras escritas para conmover, enseñar y descubrir el mundo y para entender al hombre.

Para leer un solo libro hay primero que haber leído el mundo, hay que haber sido capaz de empaparse de toda la frescura de las flores, de la melodía de todos los pájaros, de la fantasía de todos los niños y de la ternura de todas las madres. Después, podremos abrir ese cuento, esa novela, ese libro de poemas, esa obra dramática que un día fueron creados por una pluma grácil que deseaba espolvorear el mundo con sus emociones y sus sueños.

En ese momento, cuando el lector realiza el acto sublime y silencioso de comunicarse con el texto, es cuando realmente comienza lo que solemos llamar *lectura compartida*, porque si ese lector se siente conmovido, nota que le tiemblan las piernas de emoción, correrá sin duda a compartir sus sensaciones con alguien.

Se habla de clubes de lectura, de cafés y talleres literarios, de encuentros con escritores..., pero para nosotros la verdadera lectura compartida es la Lectura-de-Cercanía, la que se produce sólo en el encuentro gozoso y emotivo que se establece entre el niño y el adulto que se dan de beber mutuamente, con respeto, sencillez y generosidad.

Estaríamos hablando una vez más de lo que el profesor Quintanal llama *lectura de regazo*, del acto lector que se lleva a cabo sobre todo en los primeros años del niño y que tiene lugar en el regazo, acogedor y gratificante de sus padres y, para nosotros, también de sus maestros. Estas primeras experiencias habrán de rodear al niño de ternura, comodidad, creatividad y alegría para redoblar así su autoestima, seguridad, sensibilidad y apertura.

El contagio del amor

Recuerde nuestro lector que abríamos este artículo con las palabras de Concepción Arenal en las que hablaba de la

importancia del amor en la educación de los niños. Quintanal define la *lectura de regazo* como un acto de amor (entre niño y adulto y de éstos a la lectura) porque el clima que se crea sólo puede hacer brotar sentimientos delicados y enriquecedores. En esos mágicos instantes, el niño siente que sus padres o sus maestros se interesan por su mundo, comparten sus fantasías y le comprenden.

Bertrand Russell decía que «el amor es una experiencia en la que todo nuestro ser se refresca y renueva como las plantas con la lluvia después de una sequía». ¿No es para muchos de nuestros pequeños y jóvenes lectores la experiencia escolar una intransitable travesía por el desierto? ¡Démosles el rocío de la palabra compartida con ternura, con amor y se sentirán renovados!

Porque, con Lichtenberg, nos preguntamos: «¿De qué sirven todas las salidas del sol si no nos levantamos?» Es decir, ¿de qué sirven los océanos de obras literarias fastuosas, sublimes y conmovedoras que ha ido entretejiendo el ser humano a lo largo de su historia, si no ayudamos al niño a descubrirlas? Eso es lo que tenemos que compartir realmente con él: nuestra propia pasión lectora.

Oigamos a Luis Landero: «Podría pensarse, quizá, que la pedagogía puede llegar a ser el asunto más sencillo del mundo cuando se conectan los contenidos con las experiencias de la vida, y cuando hay pasión, amor y sentido común». Ojo, que no pase desapercibida la primera clave: el ejemplo. Sólo se puede contagiar aquello que verdaderamente se ama, aquello que forma parte de nuestras pasiones más íntimas y preciadas. Gandhi nos lo dice de un modo muy significativo: «A un maestro situado a muchas millas de distancia de sus alumnos le es posible educarlos mediante el ejemplo de su forma de vida. Hubiera sido inútil para mí intentar enseñarles a mis discípulos decir la verdad si yo hubiese sido un mentiroso».

La escritora brasileña Ana M^a Machado insiste en esta idea, al tiempo que denuncia la incoherencia vergonzante de los padres y maestros que se llenan la boca de libros, pero cuya vida está vacía de lecturas: «Lo que lleva a un niño a leer es, ante todo, el ejemplo. Como la familia no



ANA PEYRÍ.

lee, existe una segunda oportunidad: la escuela, que se convierte en el tiempo y el espacio de la salvación de la literatura, del posible descubrimiento y formación del futuro lector. Pero los maestros tampoco leen, no dan ejemplo y no consiguen así, realmente, transmitir pasión por los libros y, sin pasión, nadie lee de verdad. Ejemplo y curiosidad son los dos pies con los que debería caminar el descubrimiento de la lectura».

Lectura compartida, pero no impartida

Con la mejor voluntad, cada vez son más los padres y maestros que muestran una sensibilización especial hacia la importancia de la lectura. Pero a esta concienciación le falta «sensibilidad», delicadeza y tacto, tal vez, porque se nos olvida que compartir no es impartir, es decir, los placeres, los gustos, las aficiones, las pasiones no pueden ser contagiadas «a martillazos»; no podemos seguir pretendiendo que el niño disfrute con la lectura, si la didáctica que verte-

mos sobre él es impositiva, poco tolerante, nada individualizada y en absoluto tierna. Y lo más triste es que lo hacemos más por desconocimiento que por mala voluntad.

Decimos «triste» por no decir «intolerable», «vergonzoso» o «injusto». Es lamentable que el profesorado carezca de una formación adecuada en todo lo que realmente es la didáctica de la lectura y que debería completarse urgente e ineludiblemente con una asignatura mucho más general y trascendente: Pedagogía de los Sentimientos o Didáctica de las Emociones. Por eso nos seguimos moviendo por la intuición, la buena voluntad y la propia experiencia escolar que vivimos en el pasado. Conviene recordar las palabras de Cayetano Arroyo: «Haced aquello que a vosotros os faltó que se os hiciera para que en cada generación los árboles sean más rectos». Y añadiríamos: «Y si no sabéis hacerlo, reclamad que se os enseñe».

Antes lo decíamos: el niño es el auténtico protagonista de su vivencia lectora, no el adulto que le acerca los libros. Por eso, tenemos que tenerle presente en

todo el proceso de la educación lectora. Lichtenberg afirmaba que «la medida de lo maravilloso somos nosotros. Si buscáramos una medida universal, lo maravilloso dejaría de existir y todas las cosas serían igual de grandes». Es decir, cada niño es la piedra angular de su proceso madurativo y su crecimiento personal. En la escuela, demasiadas veces se da «café para todos».

Vienen solas las hermosas palabras de Jalil Gibran:

«Vuestros niños no son vuestros niños. Son los hijos e hijas del propio anhelo de vida. Vienen a través de vosotros, pero no provienen de vosotros y aunque están con vosotros no os pertenecen. Podéis darles vuestro amor, pero no vuestros pensamientos, puesto que tienen sus propios pensamientos. Podéis alojar sus cuerpos, mas no sus almas, puesto que sus almas moran en la casa del mañana, que vosotros no podéis visitar, ni en vuestros sueños. Podéis esforzaros en ser como ellos, pero no intentéis hacerlos como vosotros, puesto que la vida no mira ni espera al ayer. Sois los arcos de los que vuestros niños parten como flechas vivientes. Abandonaos en manos del arquero: será para bien.»

La insobornable levedad del deseo

Estamos entonando ya melodías excelsas, porque acabamos de penetrar en aquello de la «Pedagogía General». Con A. Graf diríamos que «excelente maestro es aquel que, enseñando poco, hace nacer en el niño un deseo grande de aprender». Y con Guimaraes Rosa afirmaríamos que «maestro no es quien siempre enseña, sino quien, de repente, aprende».

María Montessori decía que educar a un hijo es, en esencia, enseñarle a valerse sin nosotros. Sus palabras vienen a ser el eco de aquellas otras de Miguel de Cervantes en las que nos aconsejaba de-



ANA PEYRI.

jar caminar a nuestros hijos por donde su estrella les llame.

El maestro debe reconsiderar su papel en la formación lectora, tiene que replantearse la didáctica que desarrolla y, sobre todo, debe reconocer con humildad que tal vez ha olvidado que si el niño no desea, si no siente la necesidad —utilitarista o afectiva— de aprender, si no se siente libre para elegir sus lecturas, para escoger los momentos en los que buceará en los libros, difícilmente podrá sembrar sus praderas intelectuales y personales con frutos literarios que tengan el más diminuto de los impulsos efervescentes.

Escuchemos ahora a Morris Mandel: «¿Has visto alguna vez una planta con las hojas enroscadas? ¿La has regado y observado cómo sus hojas se extienden rápidamente? Casi con la misma presteza responde la mente de un niño cuando el maestro sabe nutrirla». Amor, otra vez el amor.

John Dewey también viene a sumarse a nuestro coro: «Toda lección debe ser la respuesta a una pregunta; es decir, debe responder a una curiosidad interior del niño o, por lo menos, debe primero despertar esta curiosidad para proporcionarle este alimento. Armonizar la voluntad de aprender con el deseo de aprender». Voluntad, deseo... ¡libertad!

Mucho más cerca en el espacio y el tiempo, Fabricio Caivano nos habla de que «no hay aprendizajes duraderos y significativos que no se sustenten en el deseo. Sin la energía del deseo sólo quedan las ruinas de algunas habilidades inconexas».

Todos sabemos que lo que es impuesto implica rechazo, mientras que lo que escogemos, lo que anhelamos, se convierte automáticamente en una experiencia positiva. Permitamos al niño buscar la estrella de su destino literario y para ello comprendamos que habrá que darle tiempo para que bucee en su inte-

rior, porque su génesis estará sin duda en su propio corazón, en sus intereses, en sus anhelos, en sus sueños y en sus esperanzas.

Como dijo Richard Quetel, «lo que oímos, lo olvidamos; lo que vemos, lo recordamos; pero lo que hacemos es lo que realmente sabemos». Es decir, aceptemos que la lectura tiene distintas vías de entrada hacia el interior del lector y las tres debemos permitirles y favorecerlas. Por un lado, el maestro y el padre deberán poner su propia voz a los textos literarios para acercárselos oralmente al niño de un modo apasionado, cálido, honesto y amoroso. Por otro lado, poco a poco permitirán al niño aproximarse a la «experiencia sensitiva» con los libros; es decir, pondrán ante él un abanico lo suficientemente amplio, variado y estimulante de textos como para que el pequeño lector se enfrasque en una despendolada orgía sensual en la cual tocará, olerá, saboreará y visionará todos esos materiales en busca de sus claves, de sus rutas literarias.

Y, finalmente, maestros y padres abrirán de par en par la tercera puerta que es la que aporta al lector la experiencia más exuberante y más erótica: le invitarán a crear sus propios textos, a desnudar su alma y poner palabras a sus sentimientos, palabras narrativas, palabras descriptivas de vivencias, de recuerdos, de lugares y gentes y también palabras poéticas, pinceladas líricas que derramen sus sentimientos por esos universos literarios que sólo compartimos con los seres amados.

Compartamos nuestras lecturas con los niños, hablémosles de los libros que estamos leyendo, interesémosnos por sus propias experiencias, invitémosles a organizar entre todas sesiones de *Lectura de Cercanía*, de *Lectura de Regazo* (en las que serán ellos también protagonistas en la selección de textos), pero pongamos todo nuestro empeño no en los aspectos logísticos del encuentro, sino en los sentimientos, en los climas, en los ambientes afectivos, porque de ese modo se formará su espíritu para la observación y la reflexión, aprenderán a ser críticos en sus investigaciones, entenderán mejor sus propias claves y amarán la palabra.

El adulto se situará en segundo plano,

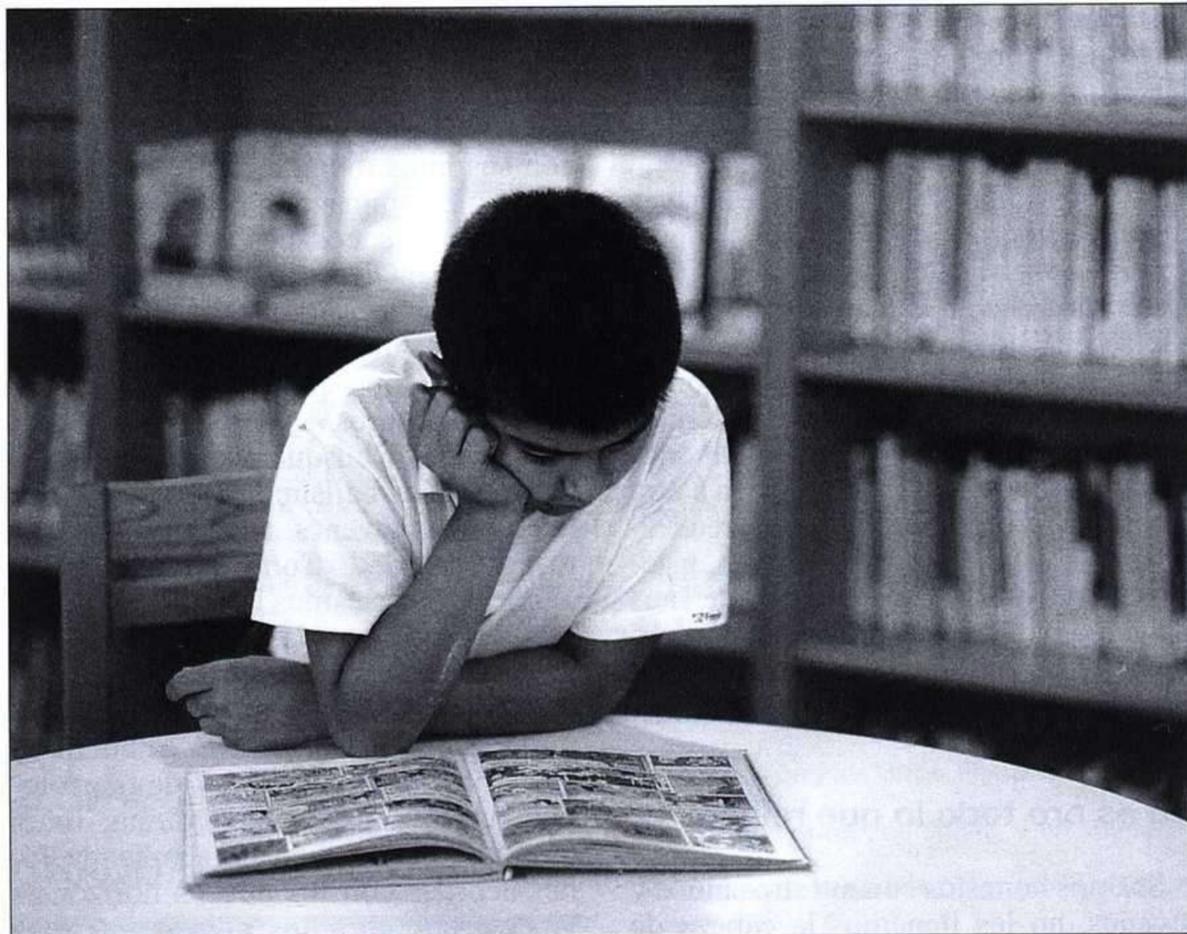
no será poseedor de ninguna verdad absoluta, no será quien cierre la sesión, quien ponga la guinda, quien aplaste las opiniones e interpretaciones de los niños con frases como: «Sí, todo lo que habéis dicho está muy bien, pero lo que el autor ha querido decir realmente ha sido...». Roberto Cotroneo nos recuerda que «esa es la grandeza de los libros: admiten varias lecturas, sus cerrojos se abren con llaves que tienes que buscar tú o que pone el azar en tus manos cuando menos lo esperas», aunque «a veces, te encontrarás frente a algunos libros que no podrás abrir, porque no podrás encontrar la llave».⁵

Eduquemos la mirada

«A los adultos les encantan las cosas exteriores. Cuando les dices: “Tengo un nuevo amigo”, jamás te preguntarán lo importante de él. Nunca te dirán: “¿Cómo es su voz? ¿Qué juegos prefiere? ¿Coleciona mariposas?”. En cambio te preguntan: “¿Cuántos años tiene? ¿Cuántos hermanos tiene? ¿Cuánto gana su padre?”. Piensan que sólo así llegarán a conocer

bien a una persona.» Estas palabras del pequeño príncipe de Antoine de Saint-Exupéry encierran otra de las claves del contagio de la pasión lectora: la educación de la mirada, la búsqueda de la esencia, el gozo de lo sublime y el abandono de lo superfluo, de la parafernalia, del espectáculo.

Y cuando tratamos de ubicar o definir lo esencial de la lectura no podemos evitar asomarnos a la creación poética, tal vez porque ella es la hija más delicada, elegante y honesta de la literatura. Quién mejor que un poeta, Luis García Montero, para esbozarlo en una leve pincelada: «Para ser poeta, sobre todo, hay que saber mirar».⁶ Después lo recrea con mayor detalle: «La poesía siempre nace de una mirada, porque los versos, las metáforas, los adjetivos precisos, las palabras mágicas, los juegos y los cambios de sentido son una forma especial de ver el mundo. [...] La mirada de los poetas está llena de tiempo. En cada pupila esconden un diminuto reloj de arena que salta y ríe, y se pone triste y vuelve a saltar y a cantar sobre el mundo, las fotografías, los amigos que se van, los que regresan y los que ya no vuelven nunca.



ANA PEYRI.

Aprender a mirar significa descubrir cómo pasa el tiempo sobre las cosas, cómo llega, cómo se va, cómo se para un momento para sonreírnos».

¡Dios mío, cuánta sabiduría, cuánta hermosura en apenas unas frases! Y encima, al condenado no le falta un ápice de razón: para ser lector, sobre todo, hay que saber mirar, primero hacia el interior en busca de nuestro yo auténtico, desprovisto de plumas, de presiones sociales y de condicionantes educativos. Y cuando ya tenemos claro lo que realmente amamos, podemos empezar a contemplar pausadamente el racimo infinito de sensaciones, emociones y experiencias que nos ofrece el mundo, para así poder seleccionar los frutos selectos que satisfagan nuestro apetito literario.

¡Shhh!, sigamos escuchando al profesor García Montero: «El corazón es una metáfora de los sentimientos profundos, del amor, de la ternura, de la sinceridad, y por eso nos lo sacamos imaginariamente del pecho, a través de las palabras, para hablar con él en la mano». Está hablando del corazón de todos, no del de unos pocos privilegiados. Todos —incluso nuestros pequeños aprendices de lectores— cobijamos en nuestro pecho ese torrente de emociones deslumbrantes que están ansiosas de brotar al exterior para espasarse con las emociones de otros seres. Los matrimonios se cimentarán en el indisoluble vínculo de la palabra.

El lector infantil y juvenil que a la vez siente la libertad de crear sus propios textos y se sabe valorado por sus adultos significativos, no dudará en emborracharse de verbos, de pronombres y de sustantivos. Estará en las mejores condiciones para ser cortejado por la literatura. Porque aunque, como Ana M^a Machado, «creemos que nadie enseña a otra persona a leer literatura; lo que puede leerle es el amor por la literatura», estamos convencidos —de la mano de Luis Landero— de que «algo se puede hacer: si no enseñar literatura, sí poner en disposición de dejarse seducir por ella».

No es oro todo lo que reluce

Seamos honestos con nuestros niños y jóvenes, no les llenemos la cabeza de

grandes promesas de lecturas con poderes extraterrestres (que les recordarán las mentiras publicitarias). Hablémosles con humildad y reconozcamos —como hace de nuevo Landero— que «la lectura a menudo es un placer que cuesta, aunque sólo sea porque supone aislamiento, concentración, esfuerzo, además de esclarecer o asumir incertidumbres, cosa que siendo placentera es también problemática, como cualquier actividad donde la mente y los sentidos han de estar alerta y a veces en tensión».

Pero, al mismo tiempo, ayudémosles a descubrir —de la mano de Richard de Bury— que «los libros son los maestros que nos instruyen sin golpes ni férulas, sin palabras amargas ni arrebatos de cólera. Si nos acercamos a ellos, jamás están dormidos; si les preguntamos, jamás nos ocultan algo; si incurrimos en ignorancia, jamás gruñen ni se ríen».

Y dentro de esta cruzada por la honestidad, debemos reflexionar sobre el papel de la animación a la lectura. Y si somos autocríticos quizá tendríamos que suscribir las palabras de Silvia Castriellón, directora de Fundalectura: «La acción sustituye a la pasión. La animación a la lectura ofrece soluciones rápidas y pretende reemplazar la actuación del maestro que acompaña a sus alumnos, del bibliotecario que recomienda buenas lecturas a sus lectores y las discute con ellos, la de los padres que comparten con sus hijos momentos placenteros de lectura. La animación lectora se ha convertido en el sucedáneo de la calidad del libro. No son necesarias fórmulas extravagantes, ni métodos especiales para lograr que los niños aprendan a leer; basta con los mejores profesores de lectura: los buenos libros».

Y cuando busquemos las posibles causas de los bajísimos índices lectores de nuestros jóvenes, asumamos nuestra responsabilidad. Como subraya Emili Teixidor, si buscamos las razones del súbito desinterés por la lectura al inicio de la adolescencia, tenemos que concluir que no hay que hacer un drama; del mismo modo que los jóvenes cambian de costumbres, de intereses y de morfología; sus lecturas también varían. Tenemos que buscar nuevas recomendaciones acordes con los nuevos horizontes vitales, descubrir los nuevos intereses

del adolescente para facilitarle obras que traten esos temas.

Coda quimérica

Como diría Oliver Wendell: «No importa tanto dónde estemos, sino hacia dónde avanzamos. Para arribar a puerto seguro a veces navegamos con el viento a favor y a veces en contra; pero la cuestión es navegar, no derivar sin rumbo ni permanecer anclados». En la travesía de la formación lectora surgirán innumerables escollos e intervendrán infinitos elementos disruptivos (paranoia incongruente de las administraciones políticas y educativas, escaso compromiso del profesorado, irresponsabilidad de los padres, despiadado marketing audiovisual...).

Ante ellos sólo podemos adoptar una actitud —si somos auténticos y todavía cobijamos una buena dosis de utopía—: comprometernos a dar a todos los niños la oportunidad de descubrir que existe una maravillosa literatura que brota en el alma, anida en el corazón y se eleva hacia el cielo como un suspiro de amor.

La pasión por los libros sólo se contagia desde el sentimiento, desde las emociones honestas, desde la cordialidad sensual de quien quiere regalar lo mejor de sí mismo. ■

***Kepa Osoro Iturbe**, especialista en lectura y bibliotecas escolares.

Notas

1. La Asociación por las Bibliotecas Escolares y la Lectura organizó —dentro de su Programa Formativo 2000-2001— el I Ciclo de Charlas Coloquio y Mesas Redondas. Los temas fueron los siguientes: «La Literatura Infantil y Juvenil durante los últimos veinte años», «La liberalización del precio del libro», «La mediateca», «Lectura y sociedad» y «La poesía para niños».
2. Esta cita y algunas más que iremos vertiendo por todo el artículo están extraídas del magnífico libro *La educación lectora*, editado por la Fundación Germán Sánchez Ruipérez (Madrid, 2001), que recoge las ponencias del V Simposio sobre Literatura Infantil y Lectura que se celebró en Madrid en noviembre de 1998.
3. Colomer, Teresa, *Introducción a la literatura infantil y juvenil*, Madrid: Síntesis, 1999.
4. Landero, Luis, *Entre líneas: el cuento o la vida*, Barcelona: Tusquets, 2001.
5. Cotroneo, Roberto, *Si una mañana de verano un niño*, Madrid: Taurus, 1995.
6. García Montero, Luis, *Lecciones de poesía para niños inquietos*, Granada: Comares, 1999.